

# CARTA A UN AMIGO AGNÓSTICO

## José Ignacio González Faus

---

Cuadernos Cristianisme i Justícia nº 39

Querido José Ramón:

Voy a tratar **de contestar** a tu carta, porque pienso que me pides algo a lo que tienes derecho, aunque no sea para mí fácil. Me preguntabas por mi relación creyente con Dios, y por cómo había evolucionado: "si ha habido a lo largo del tiempo diferencias cualitativas y noches oscuras; y si el superarlas ha dado solidez a mi fe". Dices que intentabas " ver a través de mis ojos".

Te respondo sólo con una condición: acepta de entrada que me has pedido algo inexpresable. No sólo por mis límites personales, sino por el tema **mismo: si Dios fuera adecuadamente expresable ¡ya no sería Dios!** La gente que parece que habló menos mal sobre Él (los místicos) acabó haciéndolo en verso; y cuando quiso explicar aquellos versos resultó tan farragosa como la prosa de san Juan de la Cruz en comparación con su poesía.

Pero quizá me has oído a ratos modificar aquel célebre aforismo de Wittgenstein, y decir que "de lo que no se puede hablar, a veces es preciso intentar hablar". Tu carta ha creado una de esas ocasiones. Sólo te pido que tomes todo lo que va a seguir como uno de los balbuceos de esos niños deficientes cerebrales, a los que cuesta tanto entender: únicamente los padres o los pedagogos que conviven con ellos saben entenderlos. Y los demás sólo de vez en cuando.

En otra carta parecida a esta, León Felipe le decía a su hermana Salud que no vamos de la nada a la nada, sino de la nada a la vida, de la vida a la muerte y de la muerte al Misterio. Me gustaría que esta carta termine también en el Misterio, pero arrancando de esta vida. Por eso, y para resumir antes de empezar, yo distinguiría tres niveles en lo que puede ser mi experiencia de Dios:

El nivel *natural* de mi ser hombre, en el que acabo diciendo: sería razonable y bueno si Dios existiese.

El nivel del *encuentro con Jesús* que me lleva a concluir: si Dios existe sería razonable que fuese como dice Jesús, y no como yo lo imaginaba; y además quizá vale la pena fiarse de alguien como Jesús en este punto.

Y un tercer nivel que es el de mi *experiencia personal*: entrando por ese camino se me confirma experiencialmente lo que antes había aceptado fiándome de Jesús.

Voy a ver si logro explicarme algo en cada uno de estos tres niveles.

### **PRIMER NIVEL: LAS RAZONES "DE LA RAZÓN"**

El primero es el nivel de la argumentación. La mente humana necesita por ejemplo (y sin pretender ser exhaustivos) causalidad, fundamento y sentido.

#### **1. CAUSALIDAD**

La pregunta por la causa lleva a muchos a eso que suele decir la gente: "Algo tiene que haber",. Y hoy, la experiencia informática lleva a muchos a preguntarse cómo se ha programado este

mundo que, bien o mal, parece innegablemente programado de una determinada manera que le permite, como al ordenador, actuar por sí solo.

Pero esta pregunta no llevará a nadie a dar la vida por ese "algo". Por eso voy a prescindir de esta forma de argumentar, por un elemental respeto a Dios y a tu situación actual. Si Dios es causa lo es de una manera tan diferente de las causalidades que nosotros conocemos, que al aplicarle esta noción corremos el riesgo de falsificarlo más de la cuenta. Todo aquello de que "no hay reloj sin relojero - ni mundo sin Creador" que configuró la atmósfera de donde tú y yo procedemos, es buena prueba de ello. Sin querer, se hacía así de Dios *una pieza* de este mundo. Y muchos acabaron perdiendo la fe, simplemente porque descubrieron que en este mundo no se encuentra ninguna pieza llamada "dios".

## 2. FUNDAMENTO

El fundamento no coincide exactamente con la causa. La pregunta por el Fundamento brota de que a veces percibimos en las cosas unos niveles tan incondicionales de *absolutez*, que nos llevan a concluir que esa absolutez no puede **fundamentarse en las cosas mismas**, que son demasiado relativas. Por lo que te conozco, creo que en tu vida se han dado ejemplos de esas absoluteces incondicionales: un imperativo ético o de dignidad que nos arrastra. O una experiencia amorosa auténtica...

Te pongo ahora otros ejemplos de cómo los hombres han argumentado a partir de aquí.

a) Heidegger fue quien dijo que **no hay fundamento sino abismo**; y además lo dijo con un expresivo juego de palabras alemán (no hay *Grund*, sino *Abgrund*). Pero entonces se veía obligado a concluir que, por ejemplo, la técnica no tiene más norma que ella misma. Y, por tanto, el que sirva para construir un tractor es tan "normal" como el que sirva para construir un campo de concentración. No hay justificación objetiva y universal que esgrimir por una de esas opciones y contra la opuesta. Si Dios no existe, todo es "autonormado" y, por ello, *todo es normal, hasta el campo de concentración*.

Pero me quiero extender más en otro ejemplo, porque es más conocido y creo que peor entendido.

b) Ya sabes que Dostoievsky escribió aquello: "si Dios no existe todo está permitido". Yo ya sé que mucha gente cree que Dios no existe, y siente a la vez que no le está permitido todo: ¡faltaría más!, Y Dostoievsky también lo sabía. Pero él no quería referirse a nuestros funcionamientos sino al Fundamento que hay para que funcionemos así.

Tampoco quería decir Dostoievsky que, si no hay "castigo" todo está permitido. Sobre esto ya han dicho muchos en la tradición filosófica (desde san Agustín hasta Kant), que cuando uno hace el bien por miedo al castigo, y no por amor al Bien, no es que sea bueno sino que es simplemente miedoso.

A lo que se refería Dostoievsky es a si cosas como matar o no matar, pisar al débil o no pisarle, usar la técnica para poner en marcha un tractor o un campo de concentración..., son, sí, cosas "diferentes", pero exactamente igual que son distintos el amarillo y el rojo, o el martes y el miércoles. Es decir: sin ningún punto de referencia absoluto que pueda establecer una preferencia entre esas diferencias, distinta de la de mi gusto particular.

El sentido de la frase parece ser pues que, si Diosno existe, y si logramos pensar las cosas *desde ahí* (lo cual nos resulta casi imposible, quizás precisamente porque Dios sí que existe), entonces todo se vuelve **in-diferente** aún en sus mismas diferencias

O sea: ¿por qué caray no me está Tono permitido (= *no da todo igual*), si no hay un punto de referencia absoluto? Si la realidad es como una brújula rota, sin la atracción de ningún Norte, ¿qué sentido tiene buscar en ella un criterio de validez para distinguir una dirección de otra? Y si digo con razón que ese punto de referencia absoluto es el hombre, ¿no será que lo digo

porque **eso es lo que** me conviene a mí? O ¿cómo puede el hombre ser un punto de referencia *absoluto*, si los hombres y yo mismo somos tantos, tan relativos y tan conflictivos? Será otra vez un modo de hablar puramente convencional, que no puedo imponer a otros.

c) Y déjame que te cite aún otro ejemplo, tomado éste de una común amiga a quien acabamos de leer los dos: "El mundo no se rige por la necesidad, sino por el azar. Es ésta una sabiduría muy dolorosa, desde luego, porque supone admitir el sinsentido de la existencia. Bajo este punto de vista, todo, **desde el sufrimiento hasta la heroicidad**, no es más que un ciego capricho del universo, una broma colosal de la materia".

Pero luego (porque ya acabo de decirte que una cosa son nuestros fundamentos y otra nuestros funcionamientos), nuestra amiga da, a partir de ahí, un paso que yo ya no veo: "lo que nos humaniza, lo que nos diferencia de los animales, es precisamente esa desfachatada ambición de ser felices. De controlar nuestras vidas y convertirnos en nuestros propios dioses... *Esa es nuestra mayor proeza: encontrar la medida del desorden*".

Admirable como grandeza humana. Pero por fortuna incoherente. Porque, si sólo hay azar, sin ninguna necesidad, **entonces el desorden no tiene medida por hipótesis**: porque empieza por no ser ni desorden. La "necesidad" que parece regir nuestra razón es sólo un espejismo, una falsa sensación subjetiva a la que no responde nada real. Y esa "colossal desfachatez de controlar nuestras vidas" y de realizarnos, tampoco nos humaniza objetivamente más que a los que carezcan de ella: porque *sólo* es, por hipótesis, otro ciego capricho del universo y otra broma de la materia. Sólo es eso que alguien llamó "una pasión inútil".

### 3. SENTIDO

Además de la causa y el fundamento, los hombres preguntamos por el sentido. La mejor prueba de ello es que nada nos es tan plenificante como las experiencias de sentido. Y nada nos destroza tanto como la ausencia de ellas o las experiencias de sinsentido. Hasta llegar a quitarnos las ganas de seguir viviendo, a pesar de lo que antes decíamos sobre el hombre como punto absoluto de referencia. Volvamos a los ejemplos que van mejor para una carta.

¿Que sentido tiene la vida entregada y la lucha de un hombre tan admirable como **Nelson Mandela**? A ti y a mí podrán gustarnos; pero a él le han supuesto un precio impresionante, que no se justifica sólo con nuestra admiración. Y aún cabe decir que Mandela ha tenido muchísima suerte porque es de los pocos hombres que han cosechado algún fruto de sus sudores. Pero ¿qué sentido tiene la vida de aquellos negros sudafricanos muertos en la cárcel, o en la tortura, y que ni siquiera llegaron a ver algún éxito en su lucha, como Mandela? Esa vida y esa lucha ¿no pasarán de ser algo así como una flor sin fruto, un hermoso paréntesis entre dos nadas? De aquí a miles de años ¿llegará un momento en que el hecho de que el *apartheid* haya vencido o sea derrotado en la historia no significará absolutamente nada? ¿Por qué no nos contentamos con aquello de que "no es científico el deseo de que los verdugos no tengan la última palabra sobre las víctimas"?

Déjame repetirte la pregunta: ¿tiene algún *sentido* todo eso que cuesta tanto y que nunca sabemos si va a tener no ya un éxito pequeñito, sino el *éxito pleno* que anhelamos en toda lucha? Yo veo que aquí caben dos respuestas.

Quizás recuerdes aún lo que sobre esto expliqué un día en clase, comparando a **Nietzsche** con una estrofa de san Juan de la Cruz sobre "la llaga humana". La estrofa comienza: "¿por qué pues has llagado - a questo corazón no le sanaste?". Y quizá hemos de convenir con Nietzsche en que todo esto es "*el origen de la tragedia*": la imposibilidad de redención para un ser que está necesitado de ella, por estar hecho, a la vez, de finitud y absolutez. Pero entonces, lo único razonable ¿no sería seguir a Nietzsche hasta el final, hasta su misma locura? ¿No es por el increíble vértigo que produce esa conclusión, por lo que hoy los hombres están intentando convertir la vida en mero pasatiempo, negándose resueltamente a entrar en cualquier otro "rollo"? Demasiado creo entenderlo. Pero tú me dijiste un día que la vida no puede ser pasatiempo para unos, sino a costa de que sea esclavitud para otros. Y creo, José Ramón, que eso tampoco te tranquiliza a ti. Tienes la conciencia demasiado abierta para eso.

Pero a lo mejor es que, en la lucha humana, y en esa pasión humana de plenitud, se experimenta algo de lo que Jaspers llama "una percepción oscura de Trascendencia", y que él afirma que se da en el acto de la libertad, que María Luisa comentaba un día que creía haberla atisbado alguna vez en el acto de amor, y que, en general, acompaña a todas nuestras limitadas experiencias de sentido. Quizás esto tendría que ver con lo otro de Nietzsche de que "todo placer pide eternidad", cosa que no es cierta dicha a ese nivel de totalidad: pero sí podría serlo si afirmamos que *hay algunos* placeres o algunas experiencias de gozo que parecen pedir eternidad. Y pobre del que nunca las haya tenido.

Aquí tienes lo que yo llamo Causalidad, Fundamento y Sentido, y que he intentado describirte **sólo como una aporía** inicial en la que tú y yo nos podemos encontrar. Al releerlo ahora pienso que, si lo leyese algún maestro del Zen, no entendería mucho porque, para él, términos como "nada" o "vacío" o "in-diferencia" no tienen el sentido negativo que yo les daba, de un apoyo-que-se-quita o una nevadura-que-se-desintegra, sino más bien el sentido positivo de una paradójica mediación para llegar al todo. ¡Ya ves que relativo es nuestro lenguaje! Pero tú y yo somos occidentales, y he tratado de hablarte desde "la razón griega" en la que también yo me muevo con más soltura. Por eso, más que esta aclaración, lo que te interesará es saber qué peso tienen para mí las razones anteriores.

#### 4. MI SITUACIÓN ANTE ESAS RAZONES

Añadiré pues un par de matices:

a) Lo dicho no constituye para mí una prueba ni una demostración. Quizá más bien una pregunta eterna, y constitutiva del ser humano.

Tomado como demostración soporta objeciones muy serias, porque hay en la vida demasiadas experiencias de azar, de relatividad y de sinsentido. Más que decir que llega **hasta** Dios, a mí me gusta decir que la razón llega a descubrir su necesidad de Dios y su propio carácter de pregunta por Dios, sin el cual percibe que ni ella misma podría funcionar como razón. Por eso, a este nivel, yo sólo concluyo que, si Dios existiera y tuviese que ver con esto, Su existencia sería *lo mejor*, y sería bastante *razonable*. Nada más.

b) Pero si nuestra razón no llega a más, la respuesta a esta pregunta que es el hombre ¿no podrá venir *razonando más!* Sería como querer llegar más arriba a base de tirarse de los pelos. Es la misma razón la que me dice que tengo que "saltar", o que tengo que trasladarme a "otro piso". Por eso llega un momento en que hay que optar y en el que no optar también es una opción. Y en que cualquier opción parece igualmente "probable". Lo que hará que una salida resulte más probable que otra ya no es un raciocinio, sino alguna otra dimensión de nuestro ser humano: dimensión ética, o estética, o psicológica, o afectiva, o religiosa.. o cualquier otra o **todas un poco juntas**.

Recuerda ahora lo que te decía al comienzo sobre la necesaria "inexpresabilidad de Dios". Por eso desde muy antiguo hubo quienes comparaban a Dios con la Luz Absoluta. La luz, en sí misma, no puede ser vista; pero gracias a la luz podemos ver todas las demás cosas. Y por lo que toca a Dios, el camino a la fe no puede consistir en "demostrar (hacer ver) la Luz" sino en "enseñar a ver" de modo que uno caiga en la cuenta de ella. Aquí vuelve a aparecer lo que acabo de calificar como una opción "razonable y mejor".

c) Pero he de añadirte también, porque me pedías que diese a esta carta un tono de confesión, que algo en mí se ha resistido siempre a aceptar esa conclusión que llamo razonable y mejor. Y es que la aceptación de esa conclusión me impone plantear mi vida desde niveles de seriedad, de respeto y de profundidad, que son incómodos y exigentes. Mientras que la negación de esa conclusión me permitiría plantear mi vida desde niveles de espontaneísmo, de pasatiempo, superficialidad y hasta animalidad que, a la corta al menos, resultan mucho más cómodos.

Quizá te extrañe, pero esa resistencia la llevo todavía dentro y más tarde tendré que volver a hablarte de ella. Sólo tengo la experiencia repetida de que esos niveles cómodos e inmediatistas, a la larga no me hacen feliz. Y, a mí al menos, tampoco logran narcotizarme hoy como quizá hacen con otros hombres al menos durante algún tiempo.

Y ahora paso ya al segundo nivel.

## **SEGUNDO NIVEL: LAS "RAZONES" DE JESÚS**

Aquí te pongo lo de razones entre comillas, porque no se trata de nuevas razones sino de una verdadera seducción, si bien toda seducción debe poder ser formulada y, *en este sentido*, "razonada". El hecho es que, desde ese primer nivel de experiencia tuvo lugar mi encuentro con Jesús, que no es sin más una "confirmación" sino una "conversión" del anterior.

Si esto fuese un libro de teología y no una carta, debería precisarte que se trata de un encuentro con Jesús "y con la tradición que de Él procede", o con la Iglesia en la que vive, etc. Pero conociendo tus dificultades con el tema de la Iglesia creo que, para lo que me pedías en esta carta, basta con ceñirnos a Jesús de Nazaret.

Tu ya sabes, porque has asistido de oyente a mis clases, que para mí hay en Jesús algo de tal calidad humana que me seduce, y me provoca el deseo de ser algo *como él*, y de *fiarme de él*.

### **1. EL SEGUIMIENTO DE JESÚS**

Al querer ser "un poco como él", me encuentro con mi absoluta incapacidad para ello. Pero me encuentro también con que él me dice: el Espíritu de Mi Padre te ayudará más de lo que tú ahora sospechas; ponte en marcha y **no te importe hasta donde llegas, sino en qué dirección caminas**.

Este aspecto ha sido fundamental en *mi* trayectoria: por una especie de confianza en Algo mayor que yo, he sido capaz de hacer muchas cosas de las que no soy capaz (y que no soy capaz lo palpo a diario, y se lo he hecho palpar a más de uno). Todo esto sería muy largo de contar y convertiría esta carta en una autobiografía, que es un género que no pienso cultivar. Si quieres una pista te diré que por ahí va una realidad tan loca y tan absurda de mi vida, como es mi celibato: sobre todo si te digo que - con toda su enorme dificultad - no ha sido para mí una exigencia deshumanizante, que de él he cosechado inesperadamente niveles asombrosos de relación humana, y que todo esto no lo considero una obra mía, sino algo que se me ha dado gratuitamente. Y que, al serme dado, me ha descubierto unas posibilidades nuevas sobre el hombre y lo humano. He comprendido así porque los teólogos de la liberación repiten tantas veces que a Jesús no se le conoce sólo estudiándolo, sino **siguiéndole**.

Pero en esta carta me voy a fijar más bien en el otro aspecto que te enunciaba: fiarme de lo que Jesús me dice sobre Dios. Pues creo que este punto necesita una explicación más larga.

### **2. EL DIOS DE JESÚS**

Se puede falsificar demasiado la revelación de Dios en Jesús (tal como la ha descubierto el cristianismo), reduciéndola a un Dios "cumbre metafísica del Ser" al que nadie puede acercarse. Pero se la puede falsificar igualmente reduciéndola a un Dios "Padre" que, aunque venga de Jesús, no está libre del riesgo de establecer sobre Dios una mera proyección sentimental.

Por eso me voy a extender aquí un poco más para comentarte las tres novedades que - desde Jesús - ha cobrado en la historia humana la palabra "Dios", y que son: la Cruz, la Trinidad y el "Reino".

## 2.1. El Crucificado

Los cristianos creemos que Dios, en este mundo, ha dejado morir en cruz a Su Hijo, a "una parte de Su Ser" por así decir. Comprenderás que, si esto es cierto, echa por tierra ese milagrerismo pseudoreligioso de los que creen que Dios guarda en este mundo una "mano mágica" o unas "legiones de ángeles" para intervenir cuando quiera, y alterar el orden de las cosas evitando las leyes de la física o las decisiones de la libertad. Un Dios Crucificado es un dios inútil y escandaloso. Pero tú has de saber que, a una serie de hombres a lo largo de la historia, esa sensación de inutilidad y escándalo se les convirtió en asombro y adoración. Aquí empezó toda la historia de la fe cristiana.

Y esa fe sabe que el tema de Dios ya no puede ser conectado *inmediatamente* con las durezas de este mundo, ni como "responsable" ni como "escape" de ellas. Porque para el Crucificado, Dios no fue ninguna de esas dos cosas: ni responsable de su condena, ni salida de ella. Sólo fue la Fuerza que le mantuvo en ella.

Hay hombres que *no pueden* creer por ese escándalo de la crucifixión de los inocentes. Cuando ocurre exactamente así, y no se usa ese escándalo como excusa porque *no se quieren* creer, entonces esa no - fe me parece de más valor ante Dios que muchas religiosidades cómodas y autosatisfechas. Al menos, lo que para mí revela el Crucificado es que ya no se puede creer en Dios *al margen* de ese escándalo, sino luego de él o desde él. Y me parece evidente que si los cristianos creyéramos concreta y seriamente en El Crucificado y no en otro dios vago y genérico, resultaríamos "mucho más ateos" de lo que parecemos. Es lo que les ocurrió a los primeros cristianos que eran tachados de "ateos", como seguramente ya sabes.

## 2.2. La Trinidad

Pero la Trinidad significa que nada de lo anterior permite una visión de Dios como "ausente de este mundo", de tal manera que *siempre* habríamos de vivir según aquello de Bonhoeffer que me citabas en tu carta: "como si Dios no existiera". O, en todo caso, Bonhoeffer añade que hay que vivir así "ante Dios", no al margen de Él.

Supongo que esto me obliga a intentar aclararte más cuál es esa "presencia" del Dios que no interviene. Y te digo que este es uno de los sentidos que tiene el dogma cristiano de la Trinidad de Dios: que el Dios Inaccesible y Lejano puede hacerse silenciosamente presente *al lado nuestro, como algo de nosotros, en una Expresión o Imagen comprensible para nosotros* (el ser humano de Jesús, "Palabra" de Dios). Y además puede hacerse presente *dentro de nosotros*, en nuestro mismo espíritu, moviéndonos desde nosotros mismos, y no desde fuera como nos mueve el resto de los estímulos exteriores (ese es el Espíritu Santo de nuestros credos).

Me ha salido un poco complicado, a pesar de los tachones que ves en esta página. Ya perdonarás. Pero espero que entiendas que, por ser capaz de "exteriorización" (por tener esa Imagen transparente de Sí), Dios se me puede hacer de algún modo accesible *en la realidad*, en los hombres sobre todo, los cuales están hechos "en esa Imagen" de Dios, como decían los primeros cristianos. Y se me puede hacer accesible "dentro de mí mismo", en aquello que se me infunde y actúa lo mejor de mí, como fuerza, como luz, como amor etc. El Dios lejano de antes, se vuelve ahora enormemente cercano, en la mejor posibilidad del hermano y de mí mismo. Y se confirma esa experiencia sorprendente que todo hombre puede hacer, y que muchos descubren alguna vez: que lo más profundamente nuestro es lo menos nuestro: porque cuando Dios nos mueve, no nos quita la libertad (como el resto de las causas) sino que *nos da más* libertad. ¡Por eso parece que no se Le note!

## 2.3. El Reino de Dios

Y quizá desde aquí puedas entender por qué Jesús, más que anunciar simplemente a Dios (como quieren hacer las religiones), anunciaba "el Reinado de Dios", es decir, una situación *humana*, que supone estas dos cosas.

a) El fin de toda "verticalidad" religiosa, pero también el fin de toda "horizontalidad", simplemente atea. Porque en ese reinado de Dios coinciden Dios y el hombre, lo humano y lo divino, hasta el extremo que dicen los Evangelios: que "estimar al hombre vale más que todos los cultos y todos los sacrificios". En aquello que Jesús llamaba "El Reino" había para Él una posibilidad de experiencia de Dios más auténtica que la que creemos tener cuando hemos paladeado la Inmensidad del cosmos o la Profundidad del yo.

b) Esa experiencia implica además que el Reino *desprivatiza a Dios* y lo convierte en "nuestro". Por eso Jesús no revela a un Dios Padre "mío" sino Padre *nuestro*. Y esa desprivatización se mantiene en toda la relación con Dios que Jesús nos describe: el Reino viene "a nosotros" (no a mí), el pan que pido es "el nuestro" (¡no el mío!)~ el perdón y la liberación del mal los pido "para nosotros", no para mi solo. La relación con Dios, que es lo más íntimo y lo más personal del hombre, es a la vez, para Jesús, algo intrínsecamente comunitario.

Todo esto sigue siendo algo tan nuevo que las mismas iglesias que se reclaman de Jesús no han acabado aún de digerirlo. Pero éste no es un dato aislable, sino que debe integrarse con los dos anteriores, para constituir toda la revolución que supone Jesús en lo referente a Dios, dentro de la historia humana.

Y desde aquí entenderás mejor lo que he querido decirte antes cuando hablé de "fiarme de lo que Jesús me dice sobre Dios".

### 3. FIARME DE JESÚS

Fiándome de Jesús, creo que Dios es tal como parece que se ha revelado en Jesús. Y lo que a la larga me confirma esta confianza es algo que tú me dijiste una vez: "está demasiado bien montada la cosa, para que me la pueda creer!". Aquel día no te respondí nada, pero hoy quisiera completar dialécticamente tu afirmación de entonces está demasiado *mal montada* la cosa, para que pueda ser un simple montaje humano.

He tenido demasiado contacto con seres humanos, y sé muy bien cómo hacemos todos nuestros "montajes" (empezando por mí). Todos Por listos que creamos ser, puesto que no se trata de listara sino de necesidad. El montaje humano esperaría que Dios libre a Jesús d~ la muerte, del abandono, y del fracaso. Lo incomprensible es que n le libra. ¿Para qué diablos sirve entonces ese Dios? Y lo sorprendente es que, a pesar de eso, le salva efectivamente de la muerte, del abandono y del fracaso.

Aquí tocamos ese clásico dilema intrínseco a toda fe que se crea salvadora: si Dios no es salvación, me interesa tan poco como el saber si en otro planeta hay unos seres vivientes con cuatro ojos. Si lo es, entonces no *puede evitar la sospecha* de ser una proyección de mi deseo de ser salvado. Este dilema está en la naturaleza misma del concepto de salvación i no del concepto de Dios). Y la salida cristiana me parece, por lo menos, digna de ser escuchada: Dios es salvación *en la renuncia a ella*, porque sustituye (o compensa) la ilusión de haber proyectado, con el riesgo de tener que jugársela. La verdadera salvación del hombre se convierte entonces en ese imperativo imposible y tan de Jesús: "sed buenos del todo como vuestro Padre celestial". Lo cual te aseguro que resulta bastante "fregao" como dicen mis amigos sudamericanos.

La verdad, José Ramón, yo no diría que algo tan extraño sea una simple proyección muy bien hecha de nuestras necesidades. Más bien me veo abocado a fiarme de Jesús. Porque, si esta carta ha de tener algo testimonial como me pedías, tampoco puedo ocultarte que algo en mí se ha rebelado *siempre* contra esta forma de salir del dilema. Durante mucho tiempo he querido que, si existía Dios, fuese un Dios de vida y sólo de vida. Pero no de vida-a-través-de-la-muerte. Y te confieso que lo he buscado muchas veces de aquella otra manera. Hasta que un día me vi más o menos abocado a este dilema: el reverso de que Dios sea para ti salvación (y Promesa de Salvación), es que tú tienes que entregarte.

Salvación y entrega no parecen dese luego palabras compatibles. Pero si tú buscas un dios que sea salvación sólo en tu autoafirmación, entonces sólo te encontrarás a ti mismo; y acabarás diciendo - como el locutor del otro día - que Dios existe porque Colombia ha

empatado con Alemania en el último minuto. Desgraciadamente ese es el dios de la mayoría de los que dicen creer en él, y el que justifica el ateísmo de vosotros los increyentes. Y ese ateísmo no deberías perderlo nunca porque nosotros mismos (los que nos llamamos creyentes) lo necesitamos mucho, como purificación e interpelación.

Bueno. Esta sería la manera como se estructura lo que yo vivo respecto de Dios a partir de Jesús. Pero tampoco puedo cerrar este segundo nivel sin hacerte un par de aclaraciones. La primera se refiere a mi trayectoria personal. Y la segunda pienso que puede ser útil para tu situación actual.

## 4. DOS CONSECUENCIAS

### 4.1. Los crucificados

El dilema anterior entre salvación y entrega, creo yo que ha estado en la base de todo lo que ha sido ese *tibio (!)* interés por los pobres, que ojalá haya marcado algo mi vida y mi teología. Una vez en este campo, se producen experiencias confirmatorias, si bien es otra vez una confirmación que mantiene el mismo esquema de "resurrección en la muerte", y no de comprobación triunfal.

Para mí han sido tantas esas confirmaciones, que hoy me parece que plantear el tema de Dios al margen de la opresión de los inocentes, ya es preguntar por (o hablar de) un dios que no es el que revela Jesús. Y lamento y sufro porque todavía la misma Iglesia que dice referirse a Jesús, cae en estos planteamientos no jesuánicos. Pero de estas confirmaciones habrá que hablar si acaso en el tercer nivel. Ahora sólo quería apuntar su conexión con el dilema anterior.

### 4.2. La gratuidad

Y antes de pasar a ese tercer nivel, todavía te añado una cosa que, para mí, refuerza la credibilidad del Dios de Jesús. Y la añado porque creo que tiene que ver, con tu situación actual.

Yo no puedo negar, por mi experiencia con las gentes, que hay personas que creen porque "se les da", sin que sepan cómo. (En algún caso que he conocido, incluso en medio de una trayectoria de infidelidades - o al menos debilidades - que parece debería haber llevado hasta el hastío y el olvido de Dios).

Por el contrario, hay personas que quisieran creer y no lo consiguen o, al menos, no lo consiguen por el momento. Y aquí no te sitúo simplemente a ti, sino a muchas otras gentes queridas. Cuando yo era más joven resolvía esto culpabilizando al no creyente. Y es algo de lo que he debido arrepentirme no sin amargura, porque convertía en ley general y en solución cómoda, lo que no podía ser más que *una* hipótesis explicatoria posible. Cada uno de vosotros deberéis examinar esa hipótesis con honradez. Pero que Dios nos libre a los creyentes de esgimirla contra vosotros. También aquí el fiarme de Jesús me enseñó otra cosa.

Si Dios fuera el Dios de las iglesias, la constatación que acabo de hacerte de cómo a unos parece que se les "regala" la fe sin querer, mientras que otros no consiguen acceder a ella, sería algo injusto. Pero si es el Dios bíblico, esto cabe perfectamente. La Iglesia parece necesitar que los hombres creen en Dios, para que así le concedan importancia a ella, que es Su representante. El esquema bíblico (en el que nosotros decimos que Dios se revela) es otro: la Revelación consiste en que Dios manifiesta un Amor incondicional a los hombres para, a cambio, pedir no que los hombres le amen a El, sino que los hombres nos amemos *entre nosotros*. Este es el verdadero interés de Dios, el mandamiento que "lo resume todo" etc.

Y, por supuesto que eso no excluye necesariamente lo otro: el "amar a Dios sobre todas las cosas" sigue teniendo su vigencia al menos condicionada (= si es que existe) y, para el creyente expreso, la tiene absoluta. Pero, aunque eso no se excluya, no es indispensable. Porque, en el amor incondicionado a los otros, se ejerce siempre una fe-amor que desborda a



los hombres y alcanza al mismo Dios, y que Jesús expresaba con aquella frase célebre: "a Mí me lo hicisteis".

Y ya ves que he escrito adrede "amor incondicionado" porque necesito distinguirlo de lo que hoy la sociedad entiende por amor, y que tú me has comentado en alguna de tus horas bajas: una relación en la que, cuando tú estás débil, el otro se aprovecha para disponer de ti, y para dejar bien sentado quién es el que allí puede más; y cuando el otro está débil tú te aprovechas para lo mismo. Pero que, aun siendo exactamente así, nos droga y, cuando no la tenemos, nos entra "el mono". Huelga decir que yo no me refería a eso, y quizás esta aclaración es innecesaria para ti. Pero, al hacer esta digresión, no estaba pensando en tí.

Volvamos pues al amor incondicionado y la fe "implícita" que en él se ejerce siempre. Ello significa que lo más decisivo no es el decir "creo en Dios", sino aceptar aquello que K. Barth llamaba "el significado del hecho absolutamente transformador de que Dios existe". Y concretando más, eso puede significar que la fe *expresa* en Dios que tú ahora mismo parece buscar, y por la que me preguntas, no ha de ser buscada con agobio, sino sin prisas; no como el que busca salir de un laberinto a toda costa, sino como el que piensa que un día puede encontrar ese amor decisivo que cambia una vida, y se prepara para aquel día. Con aquella plegaria condicionada de que creo que te hable una vez, y que se limitaría a decir con toda la apertura de tu ser: "Señor, si estás ahí, cuando Tú quieras".

Yo sospecho que el empeño "loco" (y hoy nada evidente) de plantear tu vida desde el servicio a los hombres (y, sobre todo, cuando se van viendo los costos que ello supone de cara a la propia comodidad, a la propia necesidad, a la propia posesividad y a la propia "sabiduría"), puede que te haga ver algún día hasta qué punto Dios está implícitamente "afectado" en ese planteamiento vital tuyo, como raíz y fundamento, como plenitud y sentido, pero también como compañero y ayuda para él. Sospecho que semejante empeño podría llevarte un día a esa conclusión, *no sin sacudidas*, sábelo.

Pero te añado que, si eso no se produce, tampoco es lo decisivo. Y creo que esto te lo puedo añadir desde el Dios en el que yo creo. Y te explícito por ello que, si a mí me gustaría que un día encuentres a Dios, no es para dar satisfacción a mi "ministerio pastoral", sino por la amistad que puedo sentir hacia ti.

Esto me ha parecido importante aclararlo, y me he extendido en ello más de lo que pensaba porque, en tu caso concreto (y dicho de una manera más bien intuitiva que ahora no sabría justificarte), me parece por lo que te conozco que tú no estás en las puertas de una decisión rápida, y que seguirás aún tiempo en tu agnosticismo. Ni tú ni yo somos cocineros, pero llegamos a saber que hay cosas que sólo cuecen bien al "baño maría"; y quizá la fe es una de ellas.

Por eso quiero cerrar este capítulo añadiéndote que, para Jesús, el agnosticismo *abierto y solidario*, es mejor (= está más cerca de Dios) que una religión cerrada e insolidaria. Esta es la más fina jugada que nos hace Dios a los que quizá presumimos de creer en El. "No he encontrado en todo Israel una fe tan grande", dicen los Evangelios en favor vuestro.

Y ahora estoy exhausto, y supongo que ya no entenderás mi letra. Corto y seguiré otro rato, porque aún queda todo el tercer nivel.

### **TERCER NIVEL: LAS RAZONES DEL CORAZÓN**

Sigo un día después. Te había dicho que cuando entras por el camino de Jesús, se produce una serie de experiencias intransferibles que se convierten en su confirmación. Puede que este sea, a la vez, el nivel más convincente, pero también el más incomunicable de la fe: para desesperación de vosotros agnósticos, pero también de nosotros creyentes. Aunque quizá no sea esto una exclusiva de la fe. Quizá todas nuestras mejores y más profundas decisiones humanas son las que más imposible nos resulta transmitir.

Como quiera que sea, esa "confirmación experiencial" de mi decisión creyente es la que la convierte en algo más que un *creer que*: la convierte en un "*fiarme de Alguien*". A mí me resulta muy llamativo el que, hace ya veinte siglos, uno de los primeros cristianos pudiera escribir: "sé de Quién me he fiado"; porque me sorprende esa coincidencia conmigo en los modos de expresar una experiencia. Te parecerá raro pero es "fiándome de Dios" como yo apuesto incluso por Su existencia. Y te reconozco que este elemento no sé cómo transmitirlo si no es invitando a otros a experimentar eso mismo. Como quiera que ello sea, en mi caso esa "confirmación experiencial" se articula sobre todo en torno a dos focos la oración y la experiencia de los pobres.

## 1. LA EXPERIENCIA DE ORACIÓN

No me tengo por hombre de oración, ni menos por maestro de ella.

Hay otros que, seguramente, te introducirán mejor en este campo.

Pero, si buscas mi experiencia en este punto, creo que he de comenzar diciéndote que conozco diversos modos de hacer (¿o no hacer?) oración.

- Conozco esa experiencia medio desesperada en la que intentas orar y tienes la seguridad de que tus palabras chocan con una especie de cámara insonorizada, y no alcanzan a nadie.
- Conozco eso que los clásicos de la espiritualidad llamaban "consolación", y algunas veces - muy pocas pero las recuerdo - se ha producido en mi con unas lágrimas injustificadas que, por supuesto, un psicólogo vería explicables de otras mil maneras.
- Conozco una oración vocal, con palabras, de la que sé que las palabras no sirven para poner a Dios atento hacia mí, sino para ponerme a mí atento a Dios. Por eso han de ser dichas muy despacio.
- Conozco otra oración sin palabras: una especie de silencio no vacío, casi tampoco reflexivo, que se reduce a un "estar ahí", pero no sólo eso: casi se parece más a cuando entras en una piscina y sientes que el agua te envuelve y te empapa, que a cuando tienes un interlocutor *fuera* de ti.
- Conozco una oración mezcla de ambas que, a lo mejor, mantiene una o muy pocas palabras repetidas que, a la vez, evitan que la imaginación se distraiga e invitan al silencio.
- Conozco una oración reflexiva o discursiva que, a veces, por deformación profesional, casi se me convierte en un escrito.
- Conozco un estar pensando en las musarañas, y diciendo de vez en cuando tonterías como ésta: "perdona Señor que me distraigo".
- Conozco una oración en que no hago más que pedir como sea el Espíritu, porque me siento incapaz de ser yo;
- o en que casi me entran ganas de cantar, solo y todo, porque siento una gran necesidad de agradecer;
- o en que repaso "ante Dios" mis gentes queridas, tratando de comprender que Dios les quiere aún más que yo.
- Y también conozco una oración que sirve para encajar los golpes de la vida. Porque la vida da golpes, y la sensibilidad no se pierde por el encuentro con Dios. Y la sensibilidad se ve herida a veces: en el campo afectivo, en el de la autoestima, en el del miedo... en tantos otros. Y si esos golpes no son bien digeridos se te quedan dentro y acaban saliendo por algún lado imprevisto:

por la agresividad, la sexualidad, la pereza, o la pérdida de la capacidad de esperanza. Y si los digieres tú solo corres el peligro de justificarte, condenar al que golpea y volverte planeadamente hostil o rencoroso. Pero si los digieres con Dios, ante El, con sus ojos, los integras de veras y hasta se convierten en "alimento" para nuestro crecer...

Aún me dejo cosas, pero lo importante no es la enumeración sino el balance que hoy, tras muchos años, saco de todas esas experiencias.

Y el balance extraño es que: no sé bien cuándo he hecho oración. Quizá cuando me parecía haberla hecho no fue tanto, y cuando me parecía que no, sí que hubo oración. Pero me atrevería a decir que algunas veces y sin saber cómo, sí que creo haber estado en contacto con Dios. Lo que me resulta hoy muy claro es que todo ese contacto con Dios, por real que sea, tiene siempre elementos (o, en nuestra jerga teológica: mediaciones) que no son Dios y, por eso, son las *más perceptibles* a nosotros. De ahí lo fácil que es engañarse hablando de esto.

Y si te digo que algunas veces creo haber sentido a Dios, he de recordar lo dicho en la primera parte: que Dios es como la luz, que a ella no la ves, pero sólo gracias a ella ves las cosas. Entonces, estas cosas "iluminadas" no son la luz, pero, a través de ellas, entras en contacto con la luz. Por eso, para mí, la experiencia primordial de oración va siendo cada vez más no la de hablar a Dios o mirar a Dios, sino la de mirar el mundo "con los ojos *de* Dios". He pasado por lo primero, por supuesto, y sospecho que ha de pasar todo el mundo. Pero hoy me quedaría más bien con lo segundo: y es en esos "ojos de Dios" donde creo haber contactado con Él.

El mismo Padrenuestro, la oración de Jesús, se me llena más de sentido si lo tomo no como las cosas que tengo que decir "a Dios" (en este sentido puede hasta volverse banal y rutinario), sino como la cosas que me brotarán si consigo ver el mundo con los ojos de Dios. Lo que antes te decía sobre la presencia del *nosotros* en la paternidad de Dios, es algo de ese mirar el mundo con los ojos de Dios, en lugar de mirar a Dios con mis ojos pecadores. Lo contrario es lo que hace que el Padrenuestro a secas sea, tantas veces, mera rutina.

Bien, José Ramón, toda esta descripción es para decirte que *esa sensación orante se convierte a veces en confirmación de la opción creyente*. Y encuentro que este elemento no es transmisible por las meras palabras. Como tampoco el otro que sigue.

## 2. LA EXPERIENCIA DE LOS POBRES

El otro elemento, si te acuerdas, eran los pobres.

Conste que yo soy un burgués pequeñito. Que no puedo presumir de compromiso por los pobres. Y que, por tanto, lo que aquí te puedo brindar no es una antorcha sino una cerilla. Pero mira: cuando como creyente te metes un poco en este infierno de los miserables, te abres sólo un poquito a su interpelación, y llegas a sentir un cariño que no es compasión sino incondicionalidad por ellos (y sobre todo si esto ocurre con el tiempo suficiente para que se quemem todos esos estúpidos protagonismos con que a veces acudimos ahí), entonces se te vuelve evidente que, o hay un Dios que sea "su Vindicador", como gusta decir la Biblia, y otra vida que les devuelva la razón que nosotros les hemos quitado, o ya no hay ninguna posible seguridad, *ninguna* por más que quien predique esa seguridad sea el mismo papa.

Esto se ha convertido en la primera de mis seguridades, base necesaria para todas las demás, y condicionamiento último de todas las demás convicciones posibles, las cuales dejan de ser tales en la medida en que se alejen de ésta.

Quizá me digas que este es el argumento proyectivo que me has refutado siempre: nuestra vida es mortal, nuestros amores imperfectos, nuestros saberes, sentidos y progresos incompletos, nuestra justicia manca... y postulamos una Plenitud porque aquí no la tenemos. Parece lo mismo, pero algo cambia: aquí yo no postulo nada *para mí*. No es mi vida, ni mi

amor, ni mi saber lo que está en juego. Los pobres de la tierra me han enseñado que Dios sería absolutamente justo si hubiera otra vida **solo para ellos, pero no para mí**. Yo he de aceptar (y en mí puedes incluir a todos los creyentes) que los pobres de la tierra nos quitan el derecho a cualquier plenitud; y si yo me atrevo a esperar otra vida para mí, es porque creo que la hay *para los pobres*. Ellos me la dan: o por ellos me la dará Dios. Y a esta seguridad en la justicia-definitiva para los pobres ya no puedo renunciar, sin tener que abdicar *de todas mis otras seguridades humanas* (que si hay que hacer el bien, que si no se puede torturar, que si la democracia es un valor... etc).

Esto es lo que los mejores cristianos de hoy llaman "dejarse evangelizar por los pobres". Sin haberse dejado evangelizar por ellos nadie puede ser evangelizador. Y lo que le pasa hoy a casi toda la jerarquía de mi Iglesia es que pretende evangelizar sin haberse sometido ella a esa evangelización de los pobres: pues lo único que ha hecho hasta ahora en este punto - salvo honrosas excepciones maltratadas - es intentar tranquilizar su conciencia respecto a ellos con algunas concesiones *teóricas* (por cierto: 'muy buenas a veces!') que la dispensaran de *cambios prácticos* en su vida y en su política. ¡Lástima! Porque así la pretendida evangelización se está convirtiendo en un anuncio... no del Dios Salvador, sino *del propio poder* (que es lo que cualquier análisis semántico descubre como el "afirmado implícito" en la mayoría de documentos jerárquicos de los últimos tiempos).

Triste drama. Y lo evoco sólo de pasada, porque palpo hasta qué punto ese anuncio "del propio poder" os irrita y os dificulta la fe a ti y a muchos como tú. Aquí ahora sólo puedo asegurarte que llega un día en que esta triste realidad te provoca dolor, pero ya no rabia ni rebeldía ni dificultad: más bien una ternura que .sonríe y "pasa". Pero tampoco pasa *olímpicamente* - yo quiero mucho a la Iglesia y no me da vergüenza decirlo -. Pasa sólo *creyentemente* porque también hay una manera creyente de pasar: la que sabe que "sólo Dios es Grande"

Pero toda esta evocación iba en realidad a otra cosa, sólo que, como gustaba escribir santa Teresa tras sus digresiones: "me he divertido mucho". iba a que no se puede anunciar la verdad de Dios, y menos decir que se la defiende, si no se arranca de esa que yo llamaba "seguridad primera y condicionante,": el Dios Vindicador de los pobres; Jesús Revelación de Dios en cuanto "hecho pobre" e identificado con todos los pobres de la tierra ("a Mí me lo hicisteis"); y la Promesa de una vida y justicia definitivas para ellos. Esto se me hace a mí una convicción muy fuerte, porque sin ella veo claro que ninguna otra convicción humana podría yo tener, ni valdría la pena que las tuviera. (¡Y las tengo!)

En la Antología que estoy preparando y de la que he hablado alguna vez contigo, saldrá un texto precioso de Lacordaire en el que formula esto quizá mejor que yo. Dice que el pobre es "un misterio y un sacramento". No sé si percibes hasta qué punto estas dos palabras son fundamentales para un cristiano: el cristiano afirma un Misterio inaccesible, y un Acceso a ese misterio (el sacramento). Por eso en su origen ambas palabras significaban lo mismo: porque el acceso sólo viene dado por el Misterio mismo. Pues bien nada menos que esto es lo que Lacordaire dice de los pobres: el misterio de una dignidad casi infinita anonadada (y por eso no aceptable para la pura razón), pero que, por ello mismo, remite a Dios, único fundamento de ella.

Ahora sí que ya está prácticamente todo. Pero recuerdo que en tu carta me preguntabas expresamente por mis crisis de fe o por mis noches oscuras, para saber si esto me ha cambiado algo o me ha fortalecido, decías tú. Pues vamos con el último punto, que ya no será un "nivel" argumental, sino más bien un "desnivel," frecuente.

## MIS SINRAZONES PARTICULARES

Yo sospecho (y he visto en otros) que todo creyente convive siempre con un increyente. Y el que diga que no, me temo que será más bien un fundamentalista o un "hombre del sistema" (de esos que hoy todos los sistemas buscan tan locamente). Pero, ya por lo que toca a mi caso particular, señalaría sobre todo dos rasgos de ese rostro de la duda.

## 1. EL ESCÁNDALO DEL MAL

Lo primero fue una experiencia un poco vertiginosa del escándalo del mal *moral*. Durante un tiempo se me impuso con tal relieve su aberración, que sentí vértigo y mareo. Perdí pie y norte y capacidad de comprender nada o de asombrarme por nada. No sé si exactamente me cuestionaba a Dios, o aún más: me cuestionaba la posibilidad de todo sentido, aunque aceptara a Dios. Puede que, si no hubiese salido de ahí, aún más que incrédulo hubiera terminado maniqueo. No lo sé.

Y aún hoy no tengo respuesta exacta para aquello. Sólo he aprendido lo que te dije antes: que todo esto de creer en el Dios cristiano no es algo que ocurre *antes y al margen* de la experiencia del Mal y *sólo* cuando no se ha dado ésta. Sino que debe comenzar *después y a partir* de ella.

No creo que esto te sirva de mucho, porque hoy a los cristianos se nos acusa más bien de exagerar el mal, de culpabilizar etc. Y te reconozco que a veces se nos acusa así con razón. Pero, aunque no te sirva, tú me has preguntado por lo que me pasó. Quizá puedas ver por ello hasta qué punto mi fe es una fe "tocada". Pero no tocada por muchos banales argumentos de hoy, sino por algo tan gordo que igual amenaza a la fe total, que a las "pequeñas fes" de muchos burguesitos presumidos de nuestro mundo.

## 2. EL NIVEL PAGANO

Por el lado opuesto, ocurre en mí algo que quizá tiene que ver con lo que te decía al acabar el "primer nivel" de esta carta, sobre mi resistencia a aceptar aquella "conclusión razonable" del Fundamento y el Sentido absolutos. Es algo a lo que yo suelo llamar "el golpe de estado", del pagano que llevo dentro.

Es como si algo en mí dijera esa frase castellana que hoy me parece henchida de experiencia: "no me da la real gana", y basta. ¡Qué expresivo es eso de la "real" gana!: no valen razones ni de un lado ni de otro, y la decisión ya está tomada. No tiene nada que ver con aquello del "poder o no poder creer", que comentaba antes. Es una especie de "no querer," anterior a ellos. Por eso yo suelo llamarlo "golpe de estado," como si algún nuevo Tejero irrumpiese en mi interior, y metiera todas mis piezas creyentes debajo de los asientos, inapelablemente.

No sé si a ti te ha pasado algo de esto en otros campos humanos. Y supongo yo que tiene que ver con la zona oscura de todos nosotros, con las leyes inflexibles del deseo, con la represión acumulada que no ha sabido convertirse en entrega... Quizá sea definible como aquello que san Agustín llamaba "el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios". En cualquier caso, yo creo que es una amenaza perpétua. Aunque quizá me atrevería a decir que parece ir volviéndose cada vez más lejana.

Otros habrán tenido otro tipo de dudas. Yo también, por supuesto, pero creo que las más serias han sido éstas. Y, siguiendo tu petición, he procurado que esta parte fuera puramente testimonial, y he preferido decírtela en forma más autobiográfica que universalizable. Ahora basta.

## CONCLUSIÓN NO CERRADA

Bien, José Ramón, más o menos así es como he cuajado yo en cuanto creyente. Sé que me dejo otras muchas cosas; pero ni yo puedo más ni creo que puedas más tú, si me has aguantado hasta aquí. Y sin embargo ahí quedan:

-la experiencia de la gratuidad y su relación con la fe (todo lo que más necesitamos para nuestra realización *humana* descubrimos que ha de ser gratuito. Y en cuanto pierde este carácter y se convierte en obligado, resulta que ya no nos realiza);

-la experiencia de la muerte (¿no habría que decir que la postura que cree innecesaria la pregunta por la otra vida, sólo pone de relieve hasta qué punto es bajo el "nivel de vida" de los hombres de hoy, en campos como el de la justicia final, los seres queridos o la plenitud personal? Yo pienso que sólo si se cree en la transformación de la muerte tiene sentido pleno intentar la imposible transformación de esta vida)

-la experiencia de culpa y perdón (¿por qué ha de resultar "progre" silenciar este lenguaje cuando luego todos los discursos humanos - y no sólo los de Guerra y Aznar, sino los de tantos otros - se revelan como una búsqueda desesperada de justificación?);

-la enorme dificultad de las relaciones (y aún más de las acciones conjuntas), y la sensación de que hay que seguir buscándolas contra toda esperanza y sin sustituirlas por autoritarismos eficaces...

-y, por supuesto, todo el cúmulo de estudios históricos, exegéticos, críticos etc. a que la fe debe saber exponerse. Porque pueden amenazarla pero también la purifican.

Todo eso son cosas que para mi tienen que ver con la fe. Y son dimensiones que están en la vida, y de las que no despojaremos a la vida por muy postmodernos que seamos: porque si nuestro mundo pretende ahogarlas por comodidad o por egoísmo chato, otros las esgrimirán falsificadas en fundamentalismos y fanatismos incontrolados. Yo creo que esta situación vuelve muy difícil la fe hoy; pero creo que, en estas condiciones, la postura del agnóstico sinceramente *abierto* tiene ya ante Dios el mérito de la fe. Por eso concluyo diciéndote: me has pedido mi experiencia y aquí la tienes. Acepto *ahora* que me vuelvas a decir lo de aquella vez: que el cristianismo te parece "demasiado bien montado para ser verdadero". A eso quizás no hay respuesta. Pero tú deja abierta esta otra puerta: ¿y si resultara bien montado precisamente por ser verdadero? Acepto además que otro día habremos de seguir dialogando sobre esto. Pero ahora te recomendaría como balance final que, de momento, dejes los análisis argumentativos. Si tú me habías preguntado, en sustancia, qué es Dios para mí, intenta ahora pensar a la vez estos dos elementos: el Indisponible que nos ama. O: el Misterio absoluto, y absolutamente Acogedor. Verás que la mente humana no consigue pensar ambas cosas a la vez: si tanto nos ama habrá de ser "disponible". Y si tan absoluto misterio es, nunca podrá tener esa cercanía de la acogida absoluta. La mente humana no puede empalmar esto. Pero quizás aquí comiences a entender que, **en Dios, solo podemos creer**. Y la misma palabra creer ha cobrado un sentido totalmente diverso cuando la decimos de Dios, que cuando la decimos de cualquier otra realidad humana. Esto lo explicaban muy bien nuestros mayores, aplicándolo *incluso a la Iglesia*. A esta Iglesia que a tantos de vosotros - ya lo sé - os da la impresión de que le interesa más el que creáis en ella que el que creáis en Dios. Para simplificar pues, te diría que intentes sobre todo pensar esos dos elementos, como balance de esta carta. Luego, procura siempre mantener la *apertura* de tu agnosticismo. Y con ello te aseguro que - **si** Dios existe - no te pedirá más por hoy. Y esto te lo digo "en nombre de Dios". Sólo al final nos encontraremos con si esto de ser hombre ha sido una "pasión inútil" o no lo ha sido. Pero quizás ahora ya coincidimos en que vale más que sea "pasión" que no puro "pasatiempo". Hasta entonces pues, un fuerte abrazo

José Ignacio  
verano 1990

*P.D. Te adjunto fotocopia de un pequeño Credo que, hace meses, escribí para mi uso particular. Sigue un orden inverso al de esta carta, y diríamos que va desde el "tercer nivel" hacia el primero. Ojalá te sirva de resumen.* Creo que existe el Mal. Creo que al Mal no puede vencerle ni la voluntad ni la fuerza ni el miedo ni el castigo... Cuando todo eso lucha contra el Mal acaba siendo invadido por él **maleado**. Y el Mal acaba así triunfando y mostrando su escandaloso poder. *Creo que al Mal sólo puede vencerle el bien.* Y creo que el bien vence al Mal soportándolo siendo quizá destrozado y aparentemente vencido por él. Creo que este es el camino de Jesús "pobre y humilde rechazado y crucificado. Y creo que este camino no puede imponerse a nadie porque entonces se falsea. Es un camino que sólo puede ser descubierto libremente seguido y nunca acabado. Pero cuando se le sigue acaba uno ratificando aquella constatación de Lutero: a través del señorío de Su humanidad Jesús nos convierte de infelices

y orgullosos dioses en hombres auténticos .Creo que en este camino paradójicamente sobrecogedoramente el hombre se encuentra con Dios. Y con un Dios mucho más cercano de lo que Su Trascendencia y Su Silencio nos permitirían sospechar en el caso de que aceptemos Su existencia.